

primavera de 1886. Poco después, en el verano del mismo año, Juan Solís, hombre de negocios de escasa fortuna, acometió un nuevo intento habilitando un salón en los grandes almacenes que poseía en la calle del Mar, en los que funcionó durante varios meses una galería de exposición y contratación de obras artísticas y antigüedades. Serían después los propios artistas, la mayor parte de ellos provenientes del Ateneo, quienes asumiesen la iniciativa de crear una exposición permanente en la ciudad, para lo que constituyeron en 1889 el que se denominó Centro Artístico de la calle Cabilleros, donde disfrutaron de un espacio para exposición y reuniones; si bien, en 1891, por problemas con el propietario del inmueble, se vieron obligados a abandonarlo. Volvieron tres años después sobre el asunto, avivado especialmente por Joaquín Agrasot, José Vilar y Germán Gómez, logrando fundar el Círculo de Bellas Artes en 1894, materializando el deseo de disponer de un centro de trabajo, reunión y sala de exposiciones.

Por la promoción desempeñada, merecería dedicación aparte, la aportación que la prensa ejerció en la presencia pública del arte. Diarios como *El Mercantil Valenciano*, *Las Provincias* o *El Pueblo*, y cuidadas revistas ilustradas como *El Fénix*, *Las Bellas Artes* o *El Museo Literario*, serían relevantes agentes divulgadores y de opinión cultural, que afianzarían el panorama artístico contemporáneo en la Valencia del siglo XIX.

La mirada hacia el pasado: conservación, restauración, historicismo y eclecticismo en la arquitectura valenciana, 1860-1925

[DANIEL BENITO GOERLICH –UVEG–]

Confuso es este título, pues la mirada al pasado se funde en Valencia durante estos años con un frenético deseo de modernización y progreso, como lo testimonia a mediados del periodo contemplado la ambiciosa empresa de la Exposición Regional-Nacional, cuyo centenario ahora mismo se celebra. La ciudad burguesa se construye a sí misma arrasando la huerta en los ensanches y demoliendo desconsideradamente su pasado arquitectónico, especialmente los monasterios afectados por las leyes de exclaustración forzosa y desamortización emanadas del gobierno central. Este violento proceso, realizado sin moderación ni proyecto, con un afán incontrolable de búsqueda del beneficio inmediato y, según demuestran los estudios de los especialistas, plagado de fraudes e irregularidades, convive con un sentimiento nostálgico de los tesoros perdidos que lleva a la proliferación de textos que intentan recoger y perpetuar, en un contexto de Jocs Florals, las memorias históricas de lo irreparablemente desaparecido e incluso mitificarlo en una legendaria elaboración de esplendor foral que dará lugar a muy variadas consecuencias, incluso políticas. Una de estas consecuencias fue la restauración y culminación de dos importantes monumentos medievales: las torres de Serranos y la Lonja, emprendidas, dentro de los presupuestos establecidos por Viollet-le-Duc, por el escultor y académico José Aixa, con la colaboración de los arquitectos Antonio Martorell y Joaquín Calvo, y del erudito José Serrano Morales en el caso de aquéllas, y la del arquitecto Luis Ferreres para la Lonja. Otra había de ser la interesante y absolutamente excepcional intervención de Ramón María Ximénez en la reforma del dieciochesco palacio de Dos Aguas, que demuestra una fina sensibilidad, la exten-



sa cultura y la valiente y argumentada posición de uno de los mejores arquitectos valencianos de todos los tiempos.

En estos años el crecimiento demográfico y el desarrollo económico, especialmente en cuanto a la expansión agrícola, el comercio y la exportación, son extraordinarios. Esto daba lugar a importantes cambios urbanísticos. En 1884 los arquitectos José Calvo, Luis Ferreres, y Joaquín Arnau presentarán un proyecto de Ensanche que será completado por el de 1912 del arquitecto Francisco Mora y el ingeniero Vicente Pichó. Su trazado ortogonal en retícula abarcaba el espacio hasta las grandes vías con una gran diagonal, la actual avenida del Reino. La parte de este ensanche comprendida entre la calle de Colón y la gran vía del Marqués del Turia tuvo un desarrollo especial y en ella se instalaron los mejores edificios, por lo que pronto sería llamado «Ensanche Noble». Por otro lado, derribadas ya las murallas, también el casco antiguo sufrió remodelaciones importantes con la configuración de nuevos centros urbanos, el primero en torno de la plaza de la Reina y, más tarde, sobre los solares del derribado convento de San Francisco, se construyó, en 1899, el llamado parque de Emilio Castejar, ahora plaza del Ayuntamiento. En 1888, se abrieron las calles de las Barcas y de Roger de Lauria, completándose la reforma con el derribo del viejo barrio de Pescadores entre 1906 y 1909, para la edificación de lujosos edificios de viviendas, hoteles y entidades bancarias. La Exposición Regional de 1909, ampliada a Nacional en 1910, a causa del déficit, propició nuevas intervenciones, como la urbanización de las explanadas de la Zaidía y del Real, y del proyecto de apertura de un gran paseo arbolado, desde los jardines de Viveros al mar. La orientación exportadora de los productos agrícolas valencianos, obligó también a mejoras de los accesos y ampliaciones del puerto, al norte del cual fueron consolidando, los poblados del Cabanyal y Canyameler, escogidos también en esta época por las clases pudientes como lugar de verano.

La práctica del eclecticismo arquitectónico definirá la actividad constructora en Valencia en la última década del siglo XIX. Una serie de archi-

Una consecuencia del deseo de modernización y progreso había de ser la interesante y absolutamente excepcional intervención de Ramón María Ximénez en la reforma del dieciochesco palacio de Dos Aguas, que demuestra una fina sensibilidad, la extensa cultura y la valiente y argumentada posición de uno de los mejores arquitectos valencianos de todos los tiempos.

Fachadas del palacio del Marqués de Dos Aguas.

tectos y maestros de obras, cuya arquitectura no desmerece de la de aquéllos, encontró un ambiente favorable a las novedades, y un ansia de lujo y de cosmopolitismo capitalino que se apresuraron a satisfacer cada uno con su peculiar idiosincrasia al servicio de sus clientes. Un tipo de edificación muy frecuente en esos años es el de los palacetes residenciales. Construidos más frecuentemente por los maestros de obra influyentes para sus amistades, son edificios caracterizados por la superabundancia de elementos ornamentales de las más diversas procedencias, utilizados siempre con intención de lograr una ostentosa apariencia de lujo y poder social. Fachadas que llegan a lo grandilocuente aparecen recubiertas literalmente de almohadillados de varios tipos, placas, pilastras de variadas formas con preferencia por los modelos complejos, hermas, estípites, frisos, balaustradas, ménsulas, jarrones, pináculos, y un largo etcétera de detalles y ornamentos, que frecuentemente incluyen el color. De entre los numerosos edificios de este tipo, destacan: la casa Vives (1889) levantada por Vicente Bochons en la plaza del Correo Viejo, 8; el palacete de Pescara (1883), de Peregrín Mustieles en la calle del Pintor Sorolla y la casa Bárbena (1899) de Adolfo Lauvestein en la calle Chapa, 43. Algunos alcanzan dimensiones realmente palaciegas, como el construido en 1891 por Lucas García para el riquísimo comerciante Manuel Gómez junto a la Glorieta, sede ahora de la obra social y cultural de Bancaja, cuyos ornamentos barrocos decoran extensas fachadas a tres calles con cúpulas sobre los chaflanes. Otros palacetes, rodeados de jardines, se instalan en zonas suburbanas, como la casa Moroder (1893) de Salvador Galiana, al principio de la calle Alboraya, o el palacete de Ayora (1899) de Peregrín Mustieles, cuyos bellos jardines son hoy día de uso público.

En cuanto a los edificios públicos, se escogerá entre los venerables estilos históricos, con especial preferencia por el neogótico, que se aplicó fundamentalmente a construcciones de carácter religioso, como el Asilo del Marqués de Campo (1881) obra de José Camaño, con su capilla, en la que el arquitecto logró introducir un programa catedralicio realizado totalmente en hierro fundido dorado y pintado. También las iglesias de San Juan y San Vicente, y San Juan de la Ribera, proyectadas por José Calvo en 1896 y 1897, la del asilo de San Eugenio (1899) de Manuel Peris, la de la Cruz Cubierta (1903) de Antonio Ferrer, o la basílica de San Vicente Ferrer (1906) de Francisco Almenar en la calle de Cirilo Amorós. Otros edificios recu-

Algunos edificios alcanzan dimensiones realmente palaciegas, como el construido en 1891 por Lucas García para el riquísimo comerciante Manuel Gómez junto a la Glorieta, sede ahora de la obra social y cultural de Bancaja, cuyos ornamentos barrocos decoran extensas fachadas a tres calles con cúpulas sobre los chaflanes.

Edificio construido por Manuel Gómez en la plaza de Tetuán en 1891.



rrieron a un románico bizantinista, como las iglesias de la Beneficencia y la Casa de la Misericordia.

Sin embargo, las edificaciones más importantes de esta época son las altas construcciones de varios pisos, concebidas como «casa de renta» que se ofrecían para alquiler o compra a las clases medias emergentes y que configurarán el nuevo centro urbano. Este centro se establecerá en un principio en la plaza de la Reina, conectando con el viejo centro comercial de la plaza del Mercado, por medio de la renovación en 1881 del primer tramo de la calle de San Vicente y ampliándose después con la apertura de la calle de la Paz. Los nuevos edificios levantados en esta parte pretendieron conferirle un aire a la ciudad menos provinciano, y se buscaron grandes construcciones con muchos pisos, cinco o más, destinados a viviendas acomodadas y dotados de amplios bajos comerciales. Así aparecerán esas altas fachadas en las que logias o pórticos de hierro fundido albergarán bajos y entresuelos para un nuevo modelo de tiendas. Los demás pisos, cuatro o cinco, tendrán los huecos y los muros ricamente decorados con almohadillados, pilastras, antepechos calados o de balaustrada, miradores y acroterios, primando siempre el que se llamará *principal*, muchas veces residencia del propietario del edificio.

El ansia de lujo y novedad propiciará influencias derivadas de modelos copiados de la arquitectura contemporánea de países como Francia, Italia o Alemania, aunque algunos de esos elementos, como tejados de inclinada pendiente, chapiteles o mansardas, se adapten bien poco a las condiciones climáticas de la ciudad. Esa es una práctica, sin embargo, que vemos reproducirse frecuentemente en nuestros días y ha llevado a resultados francamente grotescos como el ‘invernadero’ del Palau de la Música, entre otros. Otra característica frecuente es la utilización de decoraciones polícromas, bien por el contraste de materiales, o por la inclusión de pinturas o cerámicas vidriadas, a veces con motivos premodernistas. También es usual la inclusión de piezas ornamentales de gran tamaño en hierro fundido, para dar un aspecto aún más lujoso a las fachadas. Pertenecen a este grupo grandes edificios levantados por maestros de obra, como Lucas García, autor de los almacenes La Isla de Cuba (1895) en la plaza de la Reina, o la casa Sánchez de León (1896) al principio de la calle San Vicente, o arquitectos como Antonio Martorell que en 1896 proyecta la casa Vela en la plaza de Santa Catalina, o su propia residencia (1897) en la calle de la Paz, 24, cuya última planta decoró con una serie de hornacinas y estatuas de amorcillos con instrumentos musicales. Otros arquitectos practicarán un eclecticismo más elaborado y «modernista» con la intención de utilizar los nuevos materiales, no sólo con pretensiones ornamentales sino buscando las aplicaciones prácticas de sus cualidades específicas. Es el caso de Joaquín Arnau, decididamente influido por la arquitectura italiana contemporánea del *Risorgimento*. Sus proyectos se caracterizan por el uso de delgadísimas columnas de hierro en plantas bajas, al objeto de ampliar al máximo el espacio destinado a escaparate de las tiendas, o de tornapuntas caladas para sustituir las pesadas repisas de los balcones. Entre sus obras más importantes están la casa Sancho (1901) de la calle de la Paz esquina a Comedias, con el chaflán subrayado por una curiosa torrecilla poligonal en voladizo rematada por un agudo chapitel, y el palacio de Fuentehermosa (1903) de la calle Caballeros, hoy residencia oficial del *molt honorable president* de los valencianos, cuya fachada de gran empaque ostenta los extremos torreados con cúpulas, una fastuosa portada con zaguán y escalinata de mármol y miradores de

gran vuelo en los chaflanes. José Camaño manifiesta su preocupación por un tipo de arquitectura racional, y lo expresa en su propia casa de la calle de la Paz, 17, conocida vulgarmente como casa de Hierro (1901). Este edificio es el primero de Valencia en el que se utilizaron elementos estructurales de acero laminado. Camaño pretendió combinar simbólicamente en él lo mejor de lo moderno y lo antiguo, representado esto por una composición de corte racionalista académico y una decoración a base de elementos clásicos (bustos, estatuas y relieves en terracota sobre los dinteles) y lo moderno por la utilización de vigas de acero, cuyas cabezas quedaron visibles formando parte de la decoración.

Aunque en las edificaciones que hemos ido revisando aparecen ya indicios y elementos decorativos sueltos, la llegada de las corrientes modernistas a Valencia fue relativamente tardía. Se produce a partir de la presencia de varios jóvenes arquitectos titulados en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, donde habían podido conocer el ambiente y construcciones del primer *modernisme*. El modernismo pleno no aparecerá en Valencia hasta 1903, simultáneamente en la actividad de algunos jóvenes arquitectos y viejos maestros de obra y con varias líneas fundamentales, que frecuentemente se refunden y entremezclan: una de expresión ondulante y vegetal al estilo del Art Nouveau, otra de rasgos medievalizantes que reinterpreta el historicismo decimonónico y otra de ascendencia austriaca, la de la *secession*. La primera de estas líneas conforma algunas de las primeras edificaciones modernistas valencianas, obra de arquitectos como Francisco Mora, Carlos Carbonell, Manuel Peris, Vicente Sancho, etc. Dos de las más significativas y primerizas son las llamadas casas Sagnier de la calle de la Paz, proyectadas entre 1903 y 1905 y posteriormente rechazadas por su autor. Ambas reflejan como su antecedente más directo la casa Calvet de Barcelona, construida por Antonio Gaudí, y premiada por el ayuntamiento de aquella ciudad en 1900. Mora, amigo personal de Gaudí, apreciaba mucho esta casa, y muy pronto se hizo con reproducciones fotográficas de la misma, que empleó en el diseño de estas casas de la calle de la Paz. Otra de las más conocidas es la casa Ortega, en la gran vía Marqués del Turia, 9, atribuida normalmente a Manuel Peris, aunque sus diseños medievalizantes de 1904 fueron luego totalmente transformados por el escultor y tallista Julio Real, para configurar una de las más destacables fachadas del modernismo valenciano, ya que el interior ha sido posteriormente totalmente destruido. En el proyecto de Real, fechado en 1906, el ornamento actuaría con inusitada profusión, transformando enteramente el aspecto del edificio. En 1905 Manuel Peris realiza otro conocido proyecto en colaboración con el mismo escultor. Es la casa Sancho, de la plaza de la Almoina, 4, conocida vulgarmente como la casa del *punt de gantxo*. Este nombre se debe a que la ornamentación escultórica de la fachada se desarrolla sobre unas paredes enlucidas con esgrafiados de roleos y volutas en blanco sobre fondo granate. Este fondo colorista se enriquece con curiosas pilastras formadas por haces de apretados tallos, cuyas raíces enroscadas sirven de basas, mientras que pomos de flores hacen el papel de capiteles. Otro bello edificio de esta época (1909) es la casa Pons, en la gran vía del Marqués del Turia, también llamada casa de los Pajaritos de Vicente Sancho. Es en realidad un conjunto de tres casas entre medianeras, cuyas fachadas tratadas conjuntamente forman un cuerpo central y dos alas simétricas alternando paramentos lisos con imitaciones de sillería rústica. Pero en la ejecución defi-

José María Manuel Cortina renovó con su estilo fantástico y novelesco varias fachadas de casas señoriales y creó edificios de viviendas muy característicos, como la casa de los Dragones, que edificó en 1901 para su familia, entre las calles de Sorní y Jorge Juan. En ella, extrañas columnas torsas se mezclan con rosas y lagartos, y otros símbolos más estrambóticos como la locomotora alada que ocupa la posición central sobre la puerta.

La denominada *casa de los Dragones* entre las calles Sorní y Jorge Juan.



nitiva, el sencillo dibujo, casi despojado, de los planos de Sancho se verá enriquecido por una ornamentación naturalista confeccionada por artesanos y decoradores que da cumplida razón de su nombre popular.

Otra de las corrientes modernistas, la que revisa el medievalismo, muy influida por el *modernisme* catalán, y especialmente por la obra de Domènech i Montaner, tiene también cierta representación en Valencia. Por ejemplo el desaparecido convento de San José (1919), edificado por Manuel Peris para los frailes capuchinos. Muy peculiar es la aportación de Francisco Mora, con interesantes recreaciones neogóticas como la casa Ordeig (1907) de la calle de los Ramilletes, junto al Mercado Central; la Iglesia Evangélica (1908) de la calle de la Palma, 5; la casa Noguera de la plaza del Ayuntamiento, 22, con su recargado mirador, y la contigua casa Suay. Todas ellas derivan del éxito alcanzado por su Pabellón Municipal (1908), construido con ocasión de la Exposición y en el que el arquitecto pretendía rendir homenaje tanto al esplendor del gótico local como a la nostalgia foralista.

Pero sin duda el más característico e interesante de los cultivadores de esta vertiente modernista es el arquitecto José María Manuel Cortina, que realiza ya sus peculiares construcciones en los últimos años del siglo anterior. Su obra es una interpretación de las posibilidades de un medievalismo romántico. Aúna con gran libertad elementos historicistas, góticos, románicos e incluso islámicos, con otros de índole imaginativa, entremezclando en sus fachadas estilizaciones del bestiario heráldico, guirnaldas de rosas, elementos vegetales, dragones alados, lagartos, etc. Como arquitecto municipal de cementerios trabajó en muchos panteones del Cementerio General, en los que cúpulas y pináculos se pueblan de dragones, ángeles, cruces y guirnaldas de flores. También renovó con su estilo fantástico y novelesco, varias fachadas de casas señoriales, y creó edificios de viviendas muy característicos, como la casa de los Dragones, que edificó en 1901 para su familia, entre las calles de Sorní y Jorge Juan. En ella, extrañas columnas torsas se mezclan con rosas y lagartos, y otros símbolos más estrambóticos como la locomotora alada que ocupa la posición central sobre la puerta. Otros edificios de parecido repertorio son la casa Peris (1897) de la calle Caballeros, 8, donde el cliente exigió una réplica de la edificada poco antes por Cortina en la calle de Pizarro, también su propia residencia en la calle de Sorní, 1 (1901), destruida ya la de su hermano Antonio (1906) más contenida en Sorní, 27, o la casa Ferraz de la plaza de Tetuán, cuyo coronamiento adornan emblemáticos ramos de alcachofas.

La arquitectura de la influencia austriaca, en la línea de la *secession*, tendrá una destacada incidencia en Valencia gracias a las exposiciones nacionales e internacionales, los congresos de arquitectos y las revistas especializadas. Dentro de esta línea, es fundamental la consideración de la cortísima pero altamente cualificada obra del arquitecto Vicente Ferrer. Su intervención más conocida es la llamada casa de las Naranjas (1907) proyectada para su padre en la calle de Cirilo Amorós. También es obra de V. Ferrer un proyecto que introduce en Valencia en 1910 el primer edificio estable destinado a espectáculos cinematográficos: los Cines Caro. Junto a Vicente Ferrer, es obligada la referencia a Demetrio Ribes, en quien se refleja fundamentalmente la influencia del austriaco Otto Wagner. Ribes es autor de uno de los grandes edificios públicos valencianos: la estación del Norte. Esta importante edificación, cuya construcción duró once años, entre 1906 y 1917, destaca por la correcta organización espacial y la aplicación de la tecnología moderna, junto a una elocuente imagen, que parece querer dar su bienvenida al viajero que llega a la ciudad, y al mismo tiempo ofrecerle ya desde su entrada la imagen de ésta.

Otros dos grandes y significativos edificios públicos modernistas fueron construidos en Valencia en los años siguientes: el mercado Central y el mercado de Colón. El primero es un grandioso edificio, considerado largo tiempo prototipo de mercado moderno, por su tamaño y cualidades, construido según un proyecto redactado en 1914 por Alejandro Soler y Francisco Guardia, dos jóvenes arquitectos catalanes del taller de Domènech i Montaner. Desde 1919 la dirección de las obras pasó al arquitecto valenciano Enrique Viedma, que introdujo nuevas modificaciones hasta su inauguración en 1928. El mercado de Colón estaba destinado a cubrir las crecientes necesidades del Ensanche Noble. El proyecto fue realizado entre 1914 y 1916 por el arquitecto municipal Francisco Mora. Es una construcción rectangular muy abierta y cubierta con ligeras y elegantes estructuras metálicas, diseñadas por Demetrio Ribes, a las que Mora añadió monumentales



El mercado de Colón estaba destinado a cubrir, las crecientes necesidades del Ensanche Noble. El proyecto fue realizado entre 1914 y 1916 por el arquitecto municipal Francisco Mora. Es una construcción rectangular muy abierta y cubierta con ligeras y elegantes estructuras metálicas, diseñadas por Demetrio Ribes, a las que Mora añadió monumentales fachadas de obra.

El mercado de Colón.
Fotos: Antonio J. Ballester Sanz.

fachadas de obra en los dos lados menores, en las que se concentra el tratamiento decorativo que contrasta la piedra y el ladrillo con abundante aplicación de piezas cerámicas y mosaicos venecianos, con alegorías de la riqueza agrícola valenciana, convirtiéndolas en una especie de arcos triunfales de vistoso colorido.

A partir de este momento las formas modernistas se irán debilitando en la arquitectura culta de la ciudad hasta disolverse en una corriente que optó por la vuelta a otros estilos del pasado, preferentemente al ampuloso y festivo barroquismo del llamado «estilo francés», derivado de la arquitectura de aparato del segundo Imperio napoleónico. Esta actitud, que va absorbiendo a un modernismo adulterado y exangüe, que ha sido a veces calificado de *noucentisme*, acapará los edificios públicos de la época pero también la arquitectura privada, generalizándose en las viviendas y compartiendo su preponderancia sólo con el incipiente casticismo. Pero si el modernismo valenciano en su plena aceptación agoniza como fenómeno urbano, pervivirá largo tiempo en muchas construcciones suburbanas o levantadas en el campo y en las poblaciones cercanas a la capital. Sufrirá entonces una profunda reelaboración desde una perspectiva verdaderamente popular. Una interpretación artesanal, basada en los recursos tradicionales, pero a la vez libre e imaginativa, ingenua y vivaz. Sus diseños, llenos de gracia y colorido, desvinculados de sus orígenes cultos, transformarán sobre todo las fachadas de sencillas y aun vulgares construcciones, a las que la fantasía y el buen oficio de los artesanos y sus clientes supieron conferir atractivo y singularidad.